

Asimismo, en 1999, la editorial celebró el 35 aniversario de su creación con una colección especial, conmemorativa («35 años literalmente apasionantes (1964-1999)»), en la que aparecieron reeditados, bajo un módico precio único, textos de autores hispanoamericanos publicados recientemente por la editorial, como Julia Álvarez, Marcela Serrano, Ariel Dorfman, José Donoso, Carlos Fuentes, Vargas Llosa, junto a los de escritores españoles de la casa. Por otro lado, como es sabido, el Primer Premio Internacional de Novela convocado por Alfaguara fue otorgado en 1998 a los caribeños Eliseo Alberto (por *Caracol Beach*) y Sergio Ramírez (por *Margarita, está linda la mar*), a la vez que quedó como finalista, algo deslucido, por la excepcionalidad de un premio ya compartido, otro hispanoamericano, el uruguayo Mario Delgado Aparain. Aunque hay que señalar que los premiados ya tenían una trayectoria previa que los avalaba, de cierto prestigio narrativo en el caso del cubano, por su *La eternidad por fin empieza un lunes*, publicada unos años atrás por Anagrama, y de indudable prestigio político en el caso del nicaragüense, más conocido por el papel que desempeñó en el proceso de la revolución sandinista. Es decir, los riesgos que asume Alfaguara son riesgos controlados. En muchas ocasiones se prueban motores en las diversas sedes que la editorial mantiene en Hispanoamérica, como sucedió, por ejemplo, con el éxito de Alberto Fuguet, su apuesta más joven, que fue «importado» a España después de haber demostrado su valor en Chile con *Mala onda*, al coincidir, además, aparentemente, su obra narrativa con la de otros escritores jóvenes de la península, como José Ángel Mañas y Ray Loriga. Esa misma política de riesgos mínimos da, en ocasiones, grandes sorpresas, con un bombazo como el que se produjo con la publicación de la lírica a la vez que hiriente *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo, una pequeña obra maestra, tan dolorosa como contenida. Sin embargo, la política de importación de otros autores colombianos a raíz de este éxito, como Héctor Abad Faciolince, tanto en su pretendido juego erótico de *Fragmentos de amor furtivo* como en el gastronómico-sentimental de *Tratado de culinaria para mujeres tristes*, no ha confirmado el filón, en un momento en el que el público parece decantarse por emociones fuertes, por el atractivo morboso de la miseria y la violencia del Nuevo Mundo como reclamo exótico para el Viejo; quizás su lugar ideal se hallaría, más bien, en el catálogo de Plaza & Janés, junto a Isabel Allende y Laura Esquivel, por lo que su presencia en Alfaguara puede deberse a intentar atrapar a parte de ese público cautivo. En cuanto a la presencia de escritoras hispanoamericanas en la editorial, destacan Ángeles Mastretta y Marcela Serrano, hasta cierto punto exponentes del tradicional supuesto intimismo de la literatura femenina, en torno a la familia, las amistades y el amor, a pesar

de que ambas han mostrado también otro registro, la primera como ensayista (*La vida iluminada*) y la segunda como narradora de género (*Nuestra Señora de la Soledad*). También deberíamos citar aquí a Julia Álvarez, a pesar de escribir en inglés, con el tratamiento de los problemas citados desde una renovadora perspectiva irónica, y desde el conflicto de la identidad lingüística (*De cómo las chicas García perdieron su acento* y *¡Yo!*); y, finalmente, a Sylvia Iparraguirre que, con *La tierra del fuego*, ha demostrado, transvestida en Melville, que no todas las mujeres se ocupan de los mismos temas mil veces ya revisados, al escribir una novela inmersa de lleno en el discurso postcolonial, políticamente correcta, redonda por donde se mire, quizás demasiado perfecta, pero distinta. Por lo tanto, a riesgo de esquematizar al máximo, diríamos que Alfaguara controla el espacio más prestigioso del campo literario de la narrativa hispanoamericana, a la vez que, consciente de la necesidad de renovación a medio plazo, busca el control de otros espacios emergentes que le aseguren el mantenimiento de esa hegemonía, como puede ser la explotación de la mala conciencia europea, el mercado joven o el femenino, con riesgos mínimos, medidos.

En segundo lugar, quizás sea Seix-Barral, perteneciente al grupo Planeta desde 1982, la editorial que cuenta con un mayor número de autores hispanoamericanos en sus filas, puede que debido a una cuestión histórica: no olvidemos que, en su primera etapa de vida, capitaneada por Carlos Barral, fue donde se fraguó el *boom* de los sesenta. Posteriormente, la atención tampoco ha decaído, debido a las afinidades electivas confesadas por Pere Gimferrer, su director literario durante mucho tiempo, quien ha estado siempre muy pendiente de la literatura del otro lado del Atlántico. En la que podríamos denominar actual tercera etapa, con una renovación estética evidente, la editorial se encontraba al mando de Basilio Baltasar, quien ha remarcado la referencia histórica de la editorial con la resurrección, en 1999, del premio Biblioteca Breve, concedido al mexicano Jorge Volpi por *En busca de Klingsor*, un *best-seller* de calidad, en la línea de un Umberto Eco, que demuestra la madurez de un joven escritor con una amplia experiencia a sus espaldas, y que ha reportado grandes beneficios a la editorial con sus ventas. Al año siguiente, el premio recayó en el argentino Gonzalo Garcés, por una novela intimista de aprendizaje, *Los impacientes*. Por otra parte, debe reconocerse que las obras de autores hispanoamericanos aparecen en todas las colecciones de Seix-Barral: en Formentor, en Biblioteca Breve (*Visión de América* de Alejo Carpentier, *Antes del fin* de Ernesto Sábato, *La orilla africana* de Rey Rosa, *El amor es una droga dura* de Cristina Peri Rossi, *Fatamorgana de amor con banda de música* de Hernán Rivera Lettelier, *El evangelio según Van Hutten* de Abelardo Castillo o *El*